

I A c o n s t r u c c i ó N d e L p a r a d i g m A e u r o p e O

javieR lópeZ facaL

La palabra “escuela”, que todas las lenguas europeas decimos más o menos igual, procede de una palabra griega, *scholé*, que significa “descanso” u “ocio” y la verdad es que para ponerse a aprender, a idear, o a discurrir, uno debe tener resueltas primero las necesidades vitales más perentorias. Lo vemos cada día en países pobres, en los que los niños y, sobre todo las niñas, no pueden ir a la escuela, porque tienen que ir por agua, o por leña, o tienen que cuidar de sus hermanos más pequeños, o de los animales domésticos.

La palabra “estudio”, que también compartimos todas las lenguas europeas, procede del latín *studium*, que significa “deseo” o “afición” y también constatamos cada día lo difícil que resulta estudiar, y no digamos aprender algo nuevo, sin la adecuada voluntad de hacerlo.

Un cierto ocio y una mínima afición o curiosidad son, pues, condiciones previas para iniciarnos en el estudio y en el subsiguiente conocimiento de algo hasta entonces desconocido.

Permítanme recordar aquí una poesía de J.L. Borges que relata de manera muy eficaz cómo pudo empezar todo esto. Se titula “El principio” y dice así:

*Dos griegos están conversando: Sócrates acaso y
Parménides.*

*Conviene que no sepamos nunca sus nombres; la historia
así será más misteriosa y más tranquila.*

*El tema del diálogo es abstracto. Aluden a veces a mitos de
los que ambos descreen.*

*Las razones que alegan pueden abundar en falacias y no
dan con un fin.*

*No polemizan y no quieren persuadir ni ser persuadidos, no
piensan en ganar o en perder.*

*Están de acuerdo en una sola cosa: saben que la discusión
es el no imposible camino para llegar a la verdad.*

Libres del mito y de la metáfora, piensan o tratan de pensar.

No sabremos nunca sus nombres.

*Esta conversación de dos desconocidos en un lugar de
Grecia es el hecho capital de la Historia.*

Han olvidado la plegaria y la magia.

A un creador literario como Borges no se le debe exigir rigor o exactitud histórica, o sea, no se fije usted mucho en los nombres concretos de Sócrates y Parménides, que quizá no sean los mejor elegidos para apoyar la tesis doctrinal del poema ; fíjese, más bien, en el último verso: *Han olvidado la plegaria y la magia*.

En efecto, el *ethos* tan novedoso que comparten estos dos hipotéticos contertulios, es radicalmente diferente de un planteamiento religioso o mágico: ellos se dedican a perder el tiempo (recuerde lo que quería decir *scholé*) por pura afición, por deseo (*studium*) de aclararse ellos mismos, es decir, por “amor a la sabiduría” que, como todo el mundo sabe, en griego se dice *philo-sophía*.

Se trata de una novedad que habría de tener consecuencias revolucionarias en el desarrollo humano: al dejar de lado la plegaria y la magia, los hombres empezaron a poder cuestionarlo todo y, de este modo, Anaxágoras pudo afirmar que, contrariamente a lo que se les había dicho, el sol no era el dios Helios, que cruzaba la bóveda del cielo cada día en su carro de fuego, ni la luna era la diosa Selene, sino que ellos “y todos los demás astros “ (*pánta tà ástra*) no eran más que unas piedras incandescentes (*lithous empýrous*), el primero del tamaño, más o menos, del Peloponeso y la segunda además brillaba porque recibía su luz del sol.

Lo malo es que incluso para una religión que carecía de un libro omnisciente y sagrado, y que no era muy dada a rigideces ortodoxas, como era la religión olímpica, estas afirmaciones de Anaxágoras resultaban blasfemas, es decir, “insultantes” y su autor prefirió poner tierra de por medio para evitar un juicio por impiedad, como el que habría de tener Sócrates un poco después, que todos sabemos cómo terminó de mal para aquel filósofo provocador.

Pero el hecho es que, en efecto, de estas cosas se ocupaban los filósofos, que empezaron a opinar sobre todo, y a discrepar no solo de las creencias religiosas en boga sino, lo que es más grave y aun más difícil, de las opiniones de sus maestros.

Este era el caso, por ejemplo, de Aristóteles que dejó escrito aquello de *amicus Plato sed magis amica veritas*, “soy amigo de Platón, pero más amigo de la verdad”; bueno, en realidad la frase es un proverbio latino pero, eso sí, construido a partir de un pasaje de la *Ética a Nicómaco* de Aristóteles.

Ocio creativo, amor por el saber y libertad de pensamiento fueron, pues, los pilares sobre los que se construyó el edificio de la filosofía, que empezó siendo solo griega y acabó extendiéndose por lo que ellos denominaron *ecumene*, “la tierra habitada”, que los romanos tradujeron por *mundus*. Hoy lo solemos designar con un término inglés y, por lo tanto, hablamos de “globalización”, pero el racionalismo y la ilustración hoy casi totalmente globalizados, que son el soporte doctrinal e ideológico de la ciencia moderna, comenzaron por la afición (*studium*) de unos desoficiados que se entretenían (*scholé*) debatiendo los orígenes de las cosas porque, como dejó escrito Virgilio en un rotundo y memorable verso de las “Geórgicas”, *felix qui potuit rerum cognoscere causas*, “feliz el que pudo conocer las causas de las cosas”, aunque a primera vista, conocer las causas de las cosas parezca que no vale para nada práctico.

Javier López Facal es Profesor de investigación en el Consejo Superior de Investigaciones Científicas.